

ley y se tiene la gracia de resumirlo y proponerlo a los demás para compartirlo, con esa sencillez, con esa modestia con que Sisley lo lograba, importan los zarpazos de la miseria, pero no al extremo de interrumpir la vocación. La «Inundación en primavera», el cuadro que se vendió en 43.000 francos en los buenos tiempos, como homenaje a su memoria, no remedió el derrumbamiento de Sisley, que ya había sucumbido a la miseria. El consuelo extraordinario que un paisaje de Sisley nos produce, fué conquistado y logrado en momentos que la vida sólo consolaba al artista a fuerza de revelarle su apasionante verdad. Sin embargo, porque el acto de entregarse a la conquista de la verdad, buscando como pretexto una realidad querida, fué en Sisley tan auténtico, sus telas impresionistas nos arrebatan a lo profundo, a lo íntimo, a lo cálido, como una confianza humana que se nos transmitiese gracias a la más lírica vibración.

El impresionismo cordial en el que situamos a Sisley no vibraba solamente de una manera plástica —como ocurre en aquellos pintores que pudiéramos adscribir al más intelectual de los impresionismos—, sino de una manera íntima. Los cuadros representativos de Sisley no son una fórmula buscada para descubrir la verdad de las cosas con intensidad legítima, sino una intensidad cordialísima a la busca de la verdad de lo real. Lo primero que nos apasiona en Sisley es su temperatura. Lo primero que llega cuando se contempla un paisaje sisleyano es el tono de la verdad que se nos va a conferir. Una

tensión —en la que se hallan trenzados valores plásticos y valores vivos, dentro de una ponderación admirable— determina la simpatía extraordinaria a que en principio nos referíamos. Para que no tengamos que reprochar al artista la dimensión alcanzada en su entrega natural.

Ahora bien; luego, una vez pasados los efectos cautivadores que la simpatía sisleyana suscita, no nos encontramos con una conquista pobre, disminuída, sin importancia. Lo que hay en Sisley es verdad concentrada, en vez de verdad desparramada o protegida por una grandilocuencia esencial. Los cuadros de este pintor no quieren ayudas buenas y ayudas malas. Porque en el cuerpo a cuerpo —o «alma a alma»— que el pintor sostiene con la verdad desnuda, es impresionante y cautivadora la compenetración que se llega a alcanzar.

Alfredo Sisley es uno de los pintores que más recomendó la confianza colmada, totalmente colmada, sin problemas de dilataciones o de exageraciones contraproducentes. Alfredo Sisley, en lo alto de su estatua de Moret, sigue mirando un paisaje que no nos descubrió para desparramarnos, sino para unificarnos, para reunirnos, para hacernos sentirnos en sí. Hay dos maneras de volar muy claras: la de las águilas y la de la tierra. Estamos ante un caso que sobre toda grandilocuencia, por muy pura y legítima que fuese, prefirió el colmo, la hinchazón, la plenitud suficiente, que es capaz, después de mucho laboreo, sencillamente de florecer.

